

bre de este siglo, pero no del siglo venidero. El mundo podrá quedar satisfecho y no pediros mas, pero nada habeis hecho para con Dios, porque no habita la caridad en vosotros, y vuestra condenacion es indefectible. Decidnos ahora que no faltareis á la buena correspondencia, y que esto es lo mas que nos pide la religion; luego ésta no pediria mas que ficciones, exterioridades y vanas apariencias. No pediria cosa alguna real y verdadera que mudase el corazon. Y el gran precepto de la caridad, en la que únicamente consiste la realidad de todas nuestras obras, no seria mas que una falsa apariencia y una vana hipocresía.

Pero no me creais á mí en este punto, consultad al público. Mirad si no obstante las apariencias de que usais con vuestro prójimo, no es fama pública en el mundo que no le amais, y si el mismo mundo no procede consiguiente á esta persuasion. Mirad si los que dependen de vosotros, los que os tratan ó tienen con vosotros alguna conexion, no fingen tambien el apartarse de vuestro prójimo; mirad si todos los que le aborrecen, que tienen intereses contrarios á los suyos, no buscan vuestra amistad, no entablan con vosotros nuevas conexiones, y si esta persuasion no os da por amigos á todos aquellos que no lo son de vuestro prójimo; mirad si los que esperan de vosotros algunos favores no empiezan por abandonarle, y si no les parece que os hacen la corte no haciéndosela á él: bien veis que el mundo os conoce mejor que os conoceis vosotros mismos; que no se engaña acerca de las disposiciones de vuestro corazon, y que no obstante las vanas apariencias que usais con vuestro hermano, es tan evidente que le teneis un ódio mortal, que en este punto el mismo mundo se conforma con nosotros, siendo así que en todo lo demás tenemos que contradecirle.

En esto vienen á parar la mayor parte de las reconciliaciones que todos los dias suceden en el mundo. Nos volvemos á ver pero no nos reunimos, nos prometemos una mútua amistad pero no la cumplimos, nos juntamos pero los corazones siempre perseveran distantes; y por eso tuve yo razon para decir que son eternos los rencores y casi todas las reconciliaciones fingimientos; que perdonamos la ofensa, pero nunca al ofensor, que dejamos de tratar á nuestro prójimo como á enemigo pero que nunca le miramos como á hermano.

Y esto es lo que estamos viendo todos los dias. Vemos en el mundo personas condecoradas, familias ilustres que observan entre sí ciertas reglas de correspondencia, las que no pueden quebrantar sin escándalo, y que no obstante esto mantienen ideas muy opuestas, públicos y declarados afectos de envidia, de celos y mútuos rencores; se destruyen, se miran con enemistad, hacen á todos sus dependientes partidarios de sus quejas y de su aversion; dividen el mundo, la corte, la ciudad, hacen causa pública de sus disensiones domésticas y establecen en el mundo la opinion y el escándalo de que no se aman, que quisieran arruinarse mútuamente, que aunque es verdad que observan ciertas apariencias de amistad, en la realidad los intereses y afectos están para siempre divididos sin remedio; y no obstante, por ambas partes se vive con fama de piedad y en el ejercicio de las buenas obras. Tienen confesores distinguidos de gran reputacion en el mundo, y no obstante, fiados en que se tributan mútuamente ciertos respetos, aunque por otra parte viven en un rompimiento público y declarado, frecuentan los Sacramentos y asisten á los sagrados misterios; llegan con serenidad al altar, se presentan con frecuencia y sin escrúpulo en el tribunal de la penitencia,

y en vez de confesar en él su rencor delante del Señor y de gemir por el escándalo que padece el público, se quejan de su enemigo; en vez de acusarse á sí mismos le acusan á él, ponderan los exteriores respetos que le rinden como señales de que no está irritado el corazón. ¿Qué mas diré? Aun los mismos ministros de la penitencia, que debieran ser jueces de nuestros ódios, son las mas veces sus apolo-gistas; se dividen con el público, toman partido en las enemistades y preocupaciones de sus penitentes, publican la equidad de su queja y hacen que el único remedio destinado á curar el mal, solo sirva de revestirle con apariencias de bien y hacerle mas incurable.

¡Gran Dios! vos solo podéis cerrar las heridas que una soberbia delicadeza ha hecho en mi corazón, manteniendo en él ódios injustos. Haced, Señor, que yo me olvide de unas ofensas leves, para que vos os olvidéis de los delitos de toda mi vida. ¿He de ser yo, ¡oh Dios mio! tan sensible é inexorable á los mas leves ultrajes, cuando tengo tanta necesidad de que useis conmigo de indulgencia y de una gran misericordia?

¿Igualan acaso las injurias de que yo me quejo á aquellas con que mil veces he deshonrado vuestra suprema grandeza? ¿Es posible, gran Dios, que un gusano de la tierra se haya de irritar y enfurecer con los menores desprecios, cuando vuestra majestad soberana ha tanto tiempo que sufre con tanta bondad sus rebeldías y ofensas?

¡Quién soy yo para que me muevan tanto los intereses de mi gloria! ¡yo que en vuestra presencia no me atrevo á poner los ojos en mis ocultas ignominias, que merezco ser el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo! ¡yo que dada tengo que sea digno de alabanza, aun segun el mundo, sino la felicidad de haberle ocultado mis flaquezas y

mis excesos! ¡yo que debiera mirar los mayores ultrajes como un castigo muy benigno! ¡yo, finalmente, que no puedo esperar mi salud eterna, si vos no os olvidais de vuestra propia gloria, la que tantas veces he ultrajado!

¡Pero no, Dios mio! vos habeis puesto vuestra propia gloria en perdonar al pecador, y yo pondré tambien la mia en perdonar á mi prójimo. Recibid, Señor, este sacrificio que os hago de mis resentimientos; no juzgúeis de su valor por lo leve de las ofensas que yo olvido, sino por la soberbia que las habia aumentado y me las habia hecho tan sensibles; y pues me habeis prometido el perdon de mis ofensas luego que yo perdone las de mi enemigo, cumplid, Señor, vuestras promesas; con esta esperanza me atrevo á contar con vuestras eternas misericordias. Amen.

